

Por fin nació Blanca de Nieve, que resultó ser tan linda y tan graciosa como la habían esperado. Todos, incluso los hermanos, estaban encantados con ella. La querían y hasta se la disputaban para jugar. Pero pronto el padre se interpuso y casi les prohibió que se acercaran a su hermana. Y para que la respetaran decidió que sería ella la que llevara el anillo de la familia. Delante de toda la corte lo puso en aquel dedito, donde brilló en el momento en que la niña se lo llevaba a la boca, sonriendo de un modo especial, que se haría famoso, mientras todos se echaban a reír y aplaudían.

Pero, con el tiempo, no gustó a los hermanos que Blanca de Nieve se los saltara a todos en la sucesión al trono, máxime cuando apenas podían verla ni tocarla. De modo que las cosas empezaron a no ir tan bien en aquella familia. Los príncipes cada vez más se perdían en la espesura del bosque, se entregaban a sus francachelas, y ensayaban sus armas con cualquiera y por cualquier motivo.

Sucedió, además, que la reina enfermó gravemente y murió cuando ya Blanca de Nieve tenía trece años. Una gran tristeza se apoderó de toda la corte y al propio rey le afectó de un modo extraordinario aquella fatalidad. Se volvió huraño y se encerró en su cámara, donde solo aceptaba la compañía de su amada hija, que cada día era más hermosa, con su blanca tez y sus mejillas como rosas rojas. Y aquella sonrisa encantadora. En el colmo de esa especie de locura, un día el padre decretó la expulsión de la corte



de los siete hijos varones. Cuando Blanca de Nieve quiso intervenir, ya sus hermanos habían emprendido el camino del bosque.

Pero no paró ahí la extraña actitud del rey, sino que otro día ordenó que a su hija no la viese nadie, excepto él, y para ello la encerró en una habitación, donde ni siquiera entraba la luz del sol.

* * *

En otro reino cercano, había una reina vanidosa y egoísta, que se consideraba la mujer más bella del mundo. Tan vanidosa, y tan celosa era de su propia hermosura, que ni siquiera había querido casarse, para que su belleza no se marchitara con embarazos y la crianza de niños. Para asegurarse de que nunca dejaría de ser la más guapa de todas las mujeres, había hecho tratos con una bruja hechicera, la cual le había entregado un espejo mágico, a cambio de que le consultara todos los asuntos de Estado. El espejo tenía varias cualidades que no poseía ningún otro del mundo, entre ellas el ser irrompible y responder siempre con verdad a las preguntas de la reina. Esta, todos los días, al levantarse, lo primero que hacía era mirarse en su especial confidente y preguntarle:

—Dime, dime, espejito, ¿quién es la mujer más linda de todas?



Y el espejo contestaba:

—Vos sois, majestad.

La reina entonces prorrumpía en una larga carcajada y se acariciaba a sí misma delante de aquella superficie pulida, donde para ella brillaba la verdad absoluta. Luego se pasaba horas y horas acicalándose, cambiando de peinado, de cosméticos, de ropa (sin duda, era la mujer que poseía el armario más completo del mundo); todo para volver a preguntar al espejo y escuchar una y otra vez la dulcísima respuesta:

—Vos sois, majestad.

Pero un día, en que volvió a preguntarle: «Dime, espejito, ¿quién es la mujer más linda de todas?», el espejo no contestó. De nuevo hizo ella la pregunta: «¿Dime, dime, espejito, quién es la mujer más linda de todas?», y el espejo continuó mudo. Enfadada con aquel silencio, insistió por tercera vez, casi como una orden colérica: «¡Dime, estúpido espejito!, ¿quién es la mujer más linda de todas?».

Solo entonces el espejo respondió:

—Aunque no le dé la luz del sol, Blanca de Nieve es más linda que vos.

La reina se quedó estupefacta. Contuvo el aliento y con los ojos desorbitados, quiso cerciorarse primero:

—¿Cómo has dicho, imbécil?

Y el espejo repitió:

—Que aunque no le dé la luz del sol, Blanca de Nieve es más linda que vos.

